

# El dulce secreto

A la gentil escritora ADA FLORI, heroína hermosa del amor materno.

En un jardín delicioso, después de un instante llegan EL HADA GENEROSA, la niña MILTIL y el niño TILTIL. Vienen de lejos, eso se nota en los ojos de cansancio de los niños, nada más.

*Hada.*—Al fin hemos llegado.  
*Milttil.*—Debes estar cansada como lo estamos nosotros.  
*Tilttil.*—Como lo estás tú, debes decir, porque yo no siento cansancio alguno.  
*Milttil.*—¿Y crees que aquí encontraremos lo que venimos buscando?  
*Hada.*—Si aquí no damos con él, podemos afirmar que en ninguna parte del universo existe el pájaro azul de la felicidad verdadera.  
*Milttil.*—¿En dónde estamos?  
*Tilttil.*—Hay muchas cosas raras, flores de colores variados...  
*Milttil.*—Arboles muy grandes con muchos nidos...  
*Tilttil.*—Y mucha gente, allá abajo, en la orilla de aquella laguna.  
*Milttil.*—Bailan unos, navegan los otros...  
*Tilttil.*—Aquellos se pasean cogidos de la mano.  
*Milttil.*—Como dos novios...  
*Tilttil.*—No seas imprudente; te puede oír el hada buena y entonces...  
*Hada.*—Y entonces, ¿qué?  
*Tilttil.*—¿Me has oído?  
*Hada.*—Me es dado oírlo todo, hasta aquello que, en silencio, te dices a ti mismo y hasta aquello que crees ver cuando sueñas.  
*Tilttil.*—Por eso tanto te queremos: porque adivinas nuestros pensamientos.  
*Milttil.*—Como hacía nuestra madre adorada, cuando apenas podíamos hablar.  
*Tilttil.*—Y cuando hablábamos mucho también.  
*Milttil.*—¿En donde estamos, hada generosa?  
*Hada.*—En el Jardín de los Cuentos de Niños.  
*Milttil.*—¿Y quiénes son aquellos que tanto parecen divertirse allá abajo?  
*Tilttil.*—Son personas de rara presencia, muy pocas visten igual. Pareciera... no sé... pareciera...  
*Milttil.*—Una noche de carnaval como aquellas que vimos en la encantadora ciudad de Venecia.  
*Tilttil.*—Cuando creíste que, en uno de aquellos palacios rodeados de agua oscura, íbamos a encontrar el pájaro azul que tanto deseamos poseer.  
*Milttil.*—Por estar hablando tanto no dejamos que el hada bondadosa nos explique quienes son los que en este jardín encantado pasan la vida en continua diversión.  
*Tilttil.*—Déjala hablar y verás.  
*Hada.*—Creí que no necesitaríais que os dijera sus nombres. Aquellos personajes son viejos conocidos vuestros. Fueron vuestros compañeros de infancia.  
*Tilttil.*—Primera vez que los veo.  
*Hada.*—Con ellos jugásteis muy a menudo.  
*Milttil.*—Están demasiado bien vestidos para que, con nosotros, alguna vez, jugaran.  
*Hada.*—Os hicieron reír multitud de veces.  
*Tilttil.*—¿Son algunos payasos?  
*Hada.*—También, en no pocas ocasiones, os hicieron llorar.  
*Milttil.*—¿Reír y llorar?... ¡Es extraño!...

*Tilttil.*—No te maravilles; todo lo que hasta hoy hemos conocido, nos ha hecho reír, unas veces, y llorar, otras.

*Milttil.*—Pero, ¿quiénes son, hada generosa? No nos hagas sufrir con esta curiosidad que cada vez se hace más intensa.

*Tilttil.*—La curiosa eres tú; yo, por mi parte, no pregunto....

*Milttil.*—Sí; dejas que lo haga yo por los dos.

*Tilttil.*—No le digas, hada hermosa, no le digas quienes son: no satisfagas su curiosidad.

*Hada.*—No os lo diré: ellos mismos se harán reconocer de sus amiguitos ingratos que, apenas pasados unos años, no se acuerdan de aquellos seres fantásticos, como ellos y como nosotras las hadas, que llenan de ilusión vuestras horas más deliciosas cuando alguien, con encanto sin igual, os dormía placentera, relatándoos muchas historias bellas.

*Milttil.*—¡Mamá!

*Tilttil.*—¡Y la mamá de mamá!

*Hada.*—Ellos os dirán sus nombres, sus más hondos anhelos y tal vez encontraréis, en sus palabras, que no serán sino recuerdos de recuerdos, lo que tanto deseamos hallar.

*Milttil.*—¿El pájaro azul?

*Tilttil.*—No lo creo; imposible me parece que puedan ser dueños del pájaro con el que tanto soñamos, esas personas que no piensan sino en divertirse.

*Milttil.*—Talvez por eso están tan alegres.

*Hada.*—Haced silencio; ya se acercan.

*Tilttil.*—¿Podemos hablar con ellos?

*Milttil.*—Sería una falta de respeto, ¿verdad, Hada generosa?

*Hada.*—Podéis hacer cuanto os agrade. Si algo os causa admiración, hablad con toda confianza. Ya muchas veces, en épocas no lejanas, tuvisteis con ellos largas y fecundas conversaciones...

Entran, vistosamente ataviadas, las siete notas. Su entrada recuerda la de las horas en la deliciosa Danza de Gioconda. Cada una de ellas trae una campanilla que da la nota exacta que ella representa y que hacen oír de cuando en cuando, en preciosas escalas ascendentes y descendentes.

*Do.*—De la música somos las hijas.

*Re.*—Que entonando una dulce canción,

*Mi.*—Recorremos el mundo felices,

*Fa.*—Prodigando ternuras y amor.

*Sol.*—En el alma llevamos caudales

*La.*—De alegría, de ensueño y de paz:

*Si.*—Que la música inspira entusiasmos

*Do.*—Que son fuente de toda bondad.

*Re.*—Las tristezas del mundo nos hallan

*Mi.*—Saturadas de calma y valor:

*Fa.*—De Cecilia, la alegre doncella

*Sol.*—Nos protege el gentil pabellón.

*Milttil.*—¡Esas voces!... yo las he oído...

*Tilttil.*—¿Cuándo?

*La.*—Cuando vuestra madre bondadosa os cantaba bellas canciones al lado de vuestra cuna.

*Milttil.*—¿Entonces sois?...

*Si.*—Las notas musicales, las que, en amor intenso, nos reunimos a menudo para formar las melodías y las